CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde

SOLUCION JUEVES





OFRENDAS

Página/2/3

Verano/12



PECADO

(Por Juan Cueto) La segunda religión en la que fui educado decía que comprar era pecado mortal, especialmente si no eran *necesidades vitales primarias*. No sé si consumir necesidades vitales secundarias o terciarias continúa siendo delito, aunque supongo que sí porque los fundamentos teóricos de la fe no han variado desde hace medio siglo. Pero hay que admitir que se trata de un pecado muy difícil de cometer. Sobre todo por estas fechas y en unos grandes almacenes.

¿De dónde habrán sacado que consumir es fácil, un placer? Es un tormento. Sufro lo indecible cuando me ataca una de esas necesidades vitales tan primarias como comprar una camisa. Por lo pronto, entrar y situarse correctamente en esas catedrales del consumo es una odisea. No hay sitio para aparcar, hay que abrirse paso a codazos, la tufarada del aire acondicionado corta la respiración, los altavoces susurran mensajes desconcertantes, huele a rayos, sientes en la nuca el punto de mira de las cámaras ocultas, las escaleras mecánicas funcionan en la dirección opuesta o te depositan en secciones absurdas. Lo peor es cuando por fin te enfrentas al vendedor. Son gentes muy crueles, que no entienden el lenguaje abstracto de las necesidades primarias, que disfrutan humillándote con el detalle terciario. ¿Una camisa? Ahí empieza el suplicio. Te exigen marca, color, materia, si de manga larga o corta, qué clase de cuello, para traje o de *sport*, rebajada o normal, de planchar. Y la talla, claro. Si no la sabes, estrangulan tu sudado cuello con un centímetro de hule. Pero si crees saberla, te miran con escepticismo, siempre sospechando muchos más kilos. De la vejación de los probadores prefiero no hablar. Hay que estar muy seguro de uno mismo para superar la prueba de desnudarse ante los espejos criminales, iluminados por despiadados neones, separado del mundo por una leve cortinilla y en pleno ataque de claustrofobia. Sales de allí no sólo agotado, hundido, arrepentido, sino con la talla equivocada. Como cuando salías de un pecado mortal de la primera religión.



Bobbie Ann Mason es una periodista y narradora norteamericana a quien, a falta de mejor mote, se la ubica en el *dirty realism* que tiene a Raymond Carver por maestro. En realidad, sus relatos son algo más amables que los de Carver, y sus familias rurales, conservadoras y a menudo en crisis no la pasan tan mal.

Por Bobbie Ann Mason

La abuela materna de Sandra murió de parto a la edad de veintiséis años. Mamá tenía cuatro años. Cuando nació Sandra, mamá tuvo una infección pero le dio miedo ir a la consulta del médico. Ya se le pasaría, repetía. La infección desapareció, pero pocos años después tuvo unos dolores inexplicables que le pinchaban como si fuesen agujas. Roja de vergüenza, y arrepintiéndose de haberse puesto ese día unas braguitas de lunares, supo lo peor. Tenía suerte de haberlo descubierto a tiempo, dijo el médico. Durante la operación mamá no estaba del todo inconsciente, debido a que la anestesia era local, en la columna, y podía escuchar a los cirujanos hablando de un partido de baloncesto. Borrosamente, llegaba a ver una mancha roja por debajo de su cintura. Era como cuando se abrieron las aguas del mar Rojo, dijo.

Sandra cultiva hortalizas y cuenta sus gatos. Es el final del verano y su leñera está casi vacía. Debería encontrar tiempo para aislar el desván y arreglar la humedad del sótano. Su marido se ha marchado. Jerry está en Louisville, trabajando en un supermercado. Sandra se ha quedado en casa, poco dispuesta a pasarse los fines de semana con él mirando *go-go girls* en bares llenos de humo. En el huerto, Sandra llena un cubo con tomates y coge un poco de eneldo, un pepino y un puñado de judías. El pájaro muerto está en un tocón, igual que ayer. Cuando rescató al pájaro del gato parecía que estuviese sólo aturdido, y lo puso en una mesa del porche para que se reanimara. El pájaro tenía el pecho con manchas, el cuello rosa y las alas grises y negras: un pájaro carpintero, pensó. Su pico curvo le recordaba a Heckle y Jeckle. Poco después, el pájaro intentó batir las alas, mientras boqueaba y contorsionaba su cuerpo, y decidió sacarlo afuera. Al abrir la puerta, el perro se precipitó ansioso al exterior, y el pájaro se le murió en la mano. La cabeza le quedó inerte.

Sandra nunca limpia el polvo. Tan sólo ahora que su madre y su abuela van a venir a visitarla se da cuenta de las telarañas que hay en las esquinas del techo del cuarto de estar. Más tarde, con perversa satisfacción, observa a una mosca que levanta el vuelo arrastrando una estela de polvo y un poco de pelo de gato. Su abuela siempre le dijo que quitase el polvo de debajo de la cama, para que las pelotas de polvo no se pudiesen multiplicar y tomar posesión del lugar, tal como ella diría, como judíos errantes entre las flores.

La abuela Stamper es la madre de su padre. Mamá la trae desde Paducah para que vea dónde vive Sandra ahora. No le van a decir nada a la abuela sobre la separación. Mamá insistió en ello. Mamá nunca le ha contado a la abuela nada acerca de su propia histerectomía. Incluso llega a no fumar delante de la abuela Stamper. Durante veinticinco años, mamá ha fumado a escondidas siempre que su suegra está cerca.

Stamper no es el apellido más conocido de la abuela. Al morir el abuelo de Sandra, Bob Turnow, la abuela se trasladó a Paducah, y más tarde se casó con Joe Stamper, que tenía allí una zapatería. Ahora vive en un apartamento pequeño, en la ciudad, y, tal como gusta decir, riéndose, tiene más zapatos que sitios adonde ir. El abuelo de Sandra tuvo una enfermedad lenta y devastadora, la enfemedad de Parkinson. Durante cinco años, la abuela le cuidó, dándole de comer con una cuchara, cambiándole la cama, e intentando llevar su moribunda granja lo mejor que podía. Sandra recuerda a un hombre delgado, retorcido, de cabeza temblorosa, que decía:

—Es una buena mujer. En el cielo se alegran de todo lo que hace.

—La verdad, Sandy Lee, no sé por qué has decidido irte a vivir en pleno desierto —dice la abuela.

Con su traje de pantalones blancos, la abuela de Sandra parece una camarera. El perro husmea su entrepierna mientras ella avanza por el sendero de losas hasta el porche. Sandra no ha cortado la hierba en las últimas tres semanas. La máquina segadora se ha estropeado, y hay pequeños matojos de malas hierbas por todo el jardín.

—Mira qué bonito es —dice mamá—. Tan bonito como una postal.

Señala hacia la ladera de una colina llena de manzanos silvestres, con una mancha de bosque en la cumbre. Un gato persa de pelo largo está sentado bajo un arbusto de lilas demasiado crecido, disfrutando también de la vista.

—A esa colina le hacen falta unas cuantas cabras —dice la abuela.

Sandra les cuenta lo del mapache que vio una noche al regresar a casa. Al principio creyó que era un puercoespín. Era muy voluminoso, con movimientos lentos, metódicos. Lo siguió todo el tiempo que le fue posible con los faros de su coche. Escaló un terraplén con sus pequeñas manos prensiles. A Sandra se le ocurre que los puercoespines tienen púas similares a esos bolígrafos tan delgados que regala la revista *Time* en sus ofertas de suscripción.

—¿Averiguaste lo que le pasó a tu gatito blanco? —pregunta mamá mientras entran en casa.

—No. Quizá le pegaron un tiro —dice Sandra—. Ha habido alguien disparando a los gatos por aquí desde la primavera.

La puerta de tela metálica golpea con fuerza detrás de ellos.

El horno no funciona muy bien, y la cena se retrasa. La abuela está inquieta, dando vueltas por la cocina, simulando que no se fija en el linóleo sucio, el fregadero sucio y oxidado, el papel de la pared despegado. Se asombra de los ramilletes de eneldo y de perejil que cuelgan de la ventana. Mamá le ha explicado lo del turno de noche y las horas extras, pero cuando Sandra ve a la abuela examinando la fila de zapatos del porche y, luego, el rifle de caza en la pared, se da cuenta de que la abuela está buscando a Jerry. Jerry se llevó sus botas de caza, y Sandra tienen el presentimiento de que vendrá pronto a por el rifle.

Es la hora de la cena de los gatos, y todos ellos forman un corro a los pies de Sandra. Ella les habla y les da caldo de pollo y comida de lata. Sale afuera para encerrar a los patos, pero esta noche los patos no quieren salir de su charca. Tendrá que volver más tarde. Si por la noche no encierra a los patos en el corral, el zorro puede matarlos, uno a uno, en un ataque cruel, sorprendido de lo fácil que es. Un murciélago da vueltas sobre el granero. Los patos están chapoteando. Un pájaro que Sandra no puede identificar canta unas lúgubres buenas noches.

—Estos estúpidos patos no quieren entrar —dice, poniendo la mesa. Su madre y su abuela están en pie a su alrededor y la observan con aire famélico.

—Estoy coleccionando expresiones de patos —continúa—. Ser un patoso, andar como un pato... Ahora ya entiendo de dónde vienen estas frases.

—Hacer gansadas... —dice mi madre.

—Sopa de ganso —dice la abuela.

—¿Sopa de ganso? —dice Sandra—. ¿Qué significa eso?

—Significa una cosa muy fácil de hacer —dice la abuela.

—También era una película antigua —dice mamá—. La película se titulaba *Sopa de ganso*.

Comen en el porche, y las polillas vienen de visita, golpeando sus alas contra la tela metálica. Unos cuantos mosquitos se cuelan y zumban sobre sus cabezas. El tenedor de la abuela tiembla; la mazorca de maíz se le resbala de las manos. Sandra se da cuenta de que sus platos no son del mismo juego. Mamá y la abuela saludan con exclamaciones la comida, alabando los tomates, el maíz fresco. La abuela se sirve otro trozo de pollo.

—¡Tiene una piel tan crujiente! —dice. Sandra no cree que el pollo esté crujiente. Ni siquiera está dorado, se dice a sí misma.

—¿Cómo lo hiciste? —quiere saber la abuela.

—Lo herví primero. Es más rápido.

—Nunca había oído esta forma de hacerlo —dice la abuela.

—Tienes que hacerlo un día, Ethel —dice mamá.

Sandra saca un bicho de su plato. Su abuela estornuda.

—Es la *ragweed* * —dice ésta, a modo de disculpa—. Sale en esta época del año. ¿No os hace estornudar a vosotras?

—No —dice Sandra.

—No te hacía estornudar a ti tampoco —dice mamá.

—Ya lo sé —dice la abuela—. Más de una vez ayudé a cosechar heno cuando era joven. No recuerdo que me molestase lo más mínimo.

El perro está ladrando. Sandra lo llama y lo mete en casa. Quiere saludar a los visitantes, pero ella le ordena acostarse en su cama, bajo el diván, y obedece.

Sandra vuelve a sentarse a la mesa y obliga a la abuela a hablar del pasado, de la granja que Sandra apenas puede recordar. Se acuerda del perezoso columpio del porche, de un perro con una cola muy peluda, del campo de maíz bordeado de margaritas, y de una camada de escuálidos gatitos, como un montón de calcetines emparejados, metida en un cajón. Quiere saber qué pasó con los árboles. Se acuerda de los frutales y de los gigantescos nogales, con sus ramas majestuosas y sus bolas verdes y duras que a veces le caían en la cabeza. También recuerda el día en que los talaron.

—Los melocotones ensuciaban tanto la hierba que no se podía caminar —explica la abuela—. Y había tantas cerezas que no podíamos recogerlas todas. Hice cortar tres melocotoneros y un cerezo.

—Eso fue cuando tu abuelo estaba tan grave —le dice mamá a Sandra—. La abuela tenía que cuidarlo día y noche, e incluso darle vuelta en la cama de vez en cuando. Él ni siquiera la reconocía.

—Simplemente, no podía seguir teniendo todos esos árboles en el jardín —dice la abuela—. No podía atenderlos como era debido. Pero los nogales eran los peores. Aquellas ardillas cogían las nueces y las esparcían por todo el porche, y a veces pisaba una y me iba al suelo. Esas viejas ardillas me gruñían y charlaban conmigo. Palabra.

—Bessie Grissom mandó cortar un árbol la semana pasada —dice mamá—. Pensó que podía caer sobre la casa, era tan viejo. Un tornado podría haberlo derribado.

—¿Cuánto le cobraron? —pregunta la abuela.

—Cien dólares.

—Cuando hice cortar aquellos tres nogales pagué sesenta dólares. Con eso está dicho todo.

Sandra sirve de postre un pastel instantáneo. La abuela se lo come con fruición, contándole a Sandra que el de vainilla es su favorito. Hace ruido con la cuchara al limpiar el plato. Sandra no toma postre. Está pensando en lo mucho que le apetecería tomarse un bourbon con Coca-Cola. Podría disimularlo en una taza de café. Pero no sería capaz de explicar por qué tomaba café por la noche.



OFRENDAS

Por Bobbie Ann Mason

La abuela materna de Sandra murió de parto a la edad de veintiséis años. Mamá tenía cuatro años. Cuando nació Sandra, mamá tuvo una infección pero le dio miedo ir a la consulta del médico. Ya se le pasaría, repetía. La infección desapareció, pero pocos años después tuvo unos dolores inexplicables que le pinchaban como si fuesen agujas. Roja de vergüenza, y arrepintiéndose de haberse puesto ese día unas braguitas de lunares, supo lo peor. Tenía suerte de haberlo descubierto a tiempo, dijo el médico. Durante la operación mamá no estaba del todo inconsciente, debido a que la anestesia era local, en la columna, y podía escuchar a los cirujanos hablando de un partido de baloncesto. Borrosamente, llegaba a ver una mancha roja por debajo de su cintura. Era como cuando se abrieron las aguas del mar Rojo, dijo.

Sandra cultiva hortalizas y cuenta sus gatos. Es el final del verano y su leñera está casi vacía. Debería encontrar tiempo para aislar el desván y arreglar la humedad del sótano. Su marido se ha marchado. Jerry está en Louisville, trabajando en un supermercado. Sandra se ha quedado en casa, poco dispuesta a pasarse los fines de semana con él mirando *go-go girls* en bares llenos de humo. En el huerto, Sandra llena un cubo con tomates y coge un poco de eneldo, un pepino y un puñado de judías. El pájaro muerto está en un tocón, igual que ayer. Cuando rescató al pájaro del gato parecía que estuviese sólo aturdido, y lo puso en una mesa del porche para que se reanimara. El pájaro tenía el pecho con manchas, el cuello rosa y las alas grises y negras: un pájaro carpintero, pensó. Su pico curvo le recordaba a Heckle y Jeckle. Poco después, el pájaro intentó batir las alas, mientras boqueaba y contorsionaba su cuerpo, y decidió sacarlo afuera. Al abrir la puerta, el perro se precipitó ansioso al exterior, y el pájaro se le murió en la mano. La cabeza le quedó inerte.

Sandra nunca limpia el polvo. Tan sólo ahora que su madre y su abuela van a venir a visitarla se da cuenta de las telarañas que hay en las esquinas del techo del cuarto de estar. Más tarde, con perversa satisfacción, observa a una mosca que levanta el vuelo arrastrando una estela de polvo y un poco de pelo de gato. Su abuela siempre le dijo que quitase el polvo de debajo de la cama, para que las pelotas de polvo no se pudiesen multiplicar y tomar posesión del lugar, tal como ella diría, como judíos errantes entre las flores.

La abuela Stamper es la madre de su padre. Mamá la trae desde Paducah para que vea dónde vive Sandra ahora. No le van a decir nada a la abuela sobre la separación. Mamá insistió en ello. Mamá nunca le ha contado a la abuela nada acerca de su propia histerectomía. Incluso llega a no fumar delante de la abuela Stamper. Durante veinticinco años, mamá ha fumado a escondidas siempre que su suegra está cerca.

Stamper no es el apellido más conocido de la abuela. Al morir el abuelo de Sandra, Bob Turnow, la abuela se trasladó a Paducah, y más tarde se casó con Joe Stamper, que tenía allí una zapatería. Ahora vive en un apartamento pequeño, en la ciudad, y, tal como gusta decir, riéndose, tiene más zapatos que sitios adonde ir. El abuelo de Sandra tuvo una enfermedad lenta y devastadora, la enfemedad de Parkinson. Durante cinco años, la abuela le cuidó, dándole de comer con una cuchara, cambiándole la cama, e intentando llevar su moribunda granja lo mejor que podía. Sandra recuerda a un hombre delgado, retorcido, de cabeza temblorosa, que decía:

—Es una buena mujer. En el cielo se alegran de todo lo que hace.

—La verdad, Sandy Lee, no sé por qué has decidido irte a vivir en pleno desierto —dice la abuela.

Con su traje de pantalones blancos, la abuela de Sandra parece una camarera. El perro husmea su entrepierna mientras ella avanza por el sendero de losas hasta el porche. Sandra no ha cortado la hierba en las últimas tres semanas. La máquina segadora se ha estropeado, y hay pequeños matojos de malas hierbas por todo el jardín.

—Mira qué bonito es —dice mamá—. Tan bonito como una postal.

Señala hacia la ladera de una colina llena de manzanos silvestres, con una mancha de bosque en la cumbre. Un gato persa de pelo largo está sentado bajo un arbusto de lilas demasiado crecido, disfrutanto también de la vista.

—A esa colina le hacen falta unas cuantas cabras —dice la abuela.

Sandra les cuenta lo del mapache que vio una noche al regresar a casa. Al principio creyó que era un puercoespín. Era muy voluminoso, con movimientos lentos, metódicos. Lo siguió todo el tiempo que le fue posible con los faros de su coche. Escaló un terraplén con sus pequeñas manos prensiles. A Sandra se le ocurre que los puercoespines tienen púas similares a esos bolígrafos tan delgados que regala la revista *Time* en sus ofertas de suscripción.

—¿Averiguaste lo que le pasó a tu gatito blanco? —pregunta mamá mientras entran en casa.

—No. Quizá le pegaron un tiro —dice Sandra—. Ha habido alguien disparando a los gatos por aquí desde la primavera.

La puerta de tela metálica golpea con fuerza detrás de ellos.

El horno no funciona muy bien, y la cena se retrasa. La abuela está inquieta, dando vueltas por la cocina, simulando que no se fija en el linóleo sucio, el fregadero sucio y oxidado, el papel de la pared despegado. Se asombra de los ramilletes de eneldo y de perejil que cuelgan de la ventana. Mamá le ha explicado lo del turno de noche y las horas extras, pero cuando Sandra ve a la abuela examinando la fila de zapatos del porche y, luego, el rifle de caza en la pared, se da cuenta de que la abuela está buscando a Jerry. Jerry se llevó sus botas de caza, y Sandra tienen el presentimiento de que vendrá pronto a por el rifle.

Es la hora de la cena de los gatos, y todos ellos forman un corro a los pies de Sandra. Ella les habla y les da caldo de pollo y comida de lata. Sale afuera para encerrar a los patos, pero esta noche los patos no quieren salir de su charca. Tendrá que volver más tarde. Si por la noche no encierra a los patos en el corral, el zorro puede matarlos, uno a uno, en un ataque cruel, sorprendido de lo fácil que es. Un murciélago da vueltas sobre el granero. Los patos están chapoteando. Un pájaro que Sandra no puede identificar canta unas lúgubres buenas noches.

—Estos estúpidos patos no quieren entrar —dice, poniendo la mesa. Su madre y su abuela están en pie a su alrededor y la observan con aire famélico.

—Estoy coleccionando expresiones de patos —continúa—. Ser un patoso, andar como un pato... Ahora ya entiendo de dónde vienen estas frases.

—Hacer gansadas... —dice mi madre.

—Sopa de ganso —dice la abuela.

—¿Sopa de ganso? —dice Sandra—. ¿Qué significa eso?

—Significa una cosa muy fácil de hacer —dice la abuela.

—También era una película antigua —dice mamá—. La película se titulaba *Sopa de ganso*.

Comen en el porche, y las polillas vienen de visita, golpeando sus alas contra la tela metálica. Unos cuantos mosquitos se cuelan y zumban sobre sus cabezas. El tenedor de la abuela tiembla; la mazorca de maíz se le resbala de las manos. Sandra se da cuenta de que sus platos no son del mismo juego. Mamá y la abuela saludan con exclamaciones la comida, alabando los tomates, el maíz fresco. La abuela se sirve otro trozo de pollo.

—¡Tiene una piel tan crujiente! —dice. Sandra no cree que el pollo esté crujiente. Ni siquiera está dorado, se dice a sí misma.

—¿Cómo lo hiciste? —quiere saber la abuela.

—Lo herví primero. Es más rápido.

—Nunca había oído esta forma de hacerlo —dice la abuela.

—Tienes que hacerlo un día, Ethel —dice mamá.

Sandra saca un bicho de su plato. Su abuela estornuda.

—Es la *ragweed* * —dice ésta, a modo de disculpa—. Sale en esta época del año. ¿No os hace estornudar a vosotras?

—No —dice Sandra.

—No te hacía estornudar a ti tampoco —dice mamá.

—Ya lo sé —dice la abuela—. Más de una vez ayudé a cosechar heno cuando era joven. No recuerdo que me molestase lo más mínimo.

El perro está ladrando. Sandra lo llama y lo mete en casa. Quiere saludar a los visitantes, pero ella le ordena acostarse en su cama, bajo el diván, y obedece.

Sandra vuelve a sentarse a la mesa y obliga a la abuela a hablar del pasado, de la granja que Sandra apenas puede recordar. Se acuerda del perezoso columpio del porche, de un perro con una cola muy peluda, del campo de maíz bordeado de margaritas, y de una camada de escuálidos gatitos, como un montón de calcetines emparejados, metida en un cajón. Quiere saber qué pasó con los árboles. Se acuerda de los frutales y de los gigantescos nogales, con sus ramas majestuosas y sus bolas verdes y duras que a veces le caían en la cabeza. También recuerda el día en que los talaron.

—Los melocotones ensuciaban tanto la hierba que no se podía caminar —explica la abuela—. Y había tantas cerezas que no podíamos recogerlas todas. Hice cortar tres melocotoneros y un cerezo.

—Eso fue cuando tu abuelo estaba tan grave —le dice mamá a Sandra—. La abuela tenía que cuidarlo día y noche, e incluso darle vuelta en la cama de vez en cuando. El ni siquiera la reconocía.

—Simplemente, no podía seguir teniendo todos esos árboles en el jardín —dice la abuela—. No podía atenderlos como era debido. Pero los nogales eran los peores. Aquellas ardillas cogían las nueces y las esparcían por todo el porche, y a veces pisaba una y me iba al suelo. Esas viejas ardillas me gruñían y charlaban conmigo. Palabra.

—Bessie Grissom mandó cortar un árbol la semana pasada —dice mamá—. Pensó que podía caer sobre la casa, era tan viejo. Un tornado podría haberlo derribado.

—¿Cuánto le cobraron? —pregunta la abuela.

—Cien dólares.

—Cuando hice cortar aquellos tres nogales pagué sesenta dólares. Con eso está dicho todo.

Sandra sirve de postre un pastel instantáneo. La abuela se lo come con fruición, contándole a Sandra que el de vainilla es su favorito. Hace ruido con la cuchara al limpiar el plato. Sandra no toma postre. Está pensando en lo mucho que le apetecería tomarse un bourbon con Coca-Cola. Podría disimularlo en una taza de café. Pero no sería capaz de explicar por qué tomaba café por la noche.

Bobbie Ann Mason es una periodista y narradora norteamericana a quien, a falta de mejor mote, se la ubica en el *dirty realism* que tiene a Raymond Carver por maestro. En realidad, sus relatos son algo más amables que los de Carver, y sus familias rurales, conservadoras y a menudo en crisis no la pasan tan mal.

Después de cenar, mientras la abuela está en el lavabo, mamá se ofrece a fregar los platos, pero Sandra se opone.

—¿Has sabido algo de Jerry? —pregunta mamá.

Sandra se encoge de hombros.

—No. Haría bien en no volver por aquí. Ya he dejado de esperarle. —Y, con un susurro vehemente, añade—: No sé cuánto tiempo podré mantener esa mentira del turno de noche.

—Es que la abuela ha pasado ya por tantas cosas —dice mamá—. Además, te quiere más que a nada del mundo, Sandra.

—Ya lo sé.

—Está convencida de que a Jerry se le pasará esta locura cualquier día.

—Te diré una cosa, si se atreve tan sólo a entrar por esa puerta...

—Me encantan esos pensamientos que has plantado —dice mamá—. Son los más bonitos que he visto nunca. Daría cualquier cosa para que a mí me creciesen tanto.

—Salen solos. Yo no hago nada.

—¿No?

—Tampoco los aclaro. Odio aclararlos.

—Entiendo —dice mamá—. Siempre me rompió el corazón el aclarar el maíz. Pero se aprende.

En la televisión ponen una película, *¡Esto es Hollywood!* Sandra permanece de pie, en el quicio de la puerta, y observa a Fred Astaire bailando con Eleanor Powell, que se mueve tan suelta como una muñeca de trapo. Lleva un vestido de niña pequeña con los hombros cuadrados.

—Fred Astaire es la cosa más flexible que he visto en mi vida —dice mamá.

—Recuerdo a su hermana Adele —dice la abuela—. Ella sí que sabía bailar.

—Su nombre era Estelle —dice mamá.

—¿Estelle Astaire? —dice Sandra. Por algún motivo, recuerda a una chica del colegio que se llamaba Sandy Beach.* *

Sandra prepara conserva de tomate, y ellas se ofrecen para ayudar, pero ella les dice que se pongan cómodas y miren la película. Mientras escalda los tomates y prensa la pulpa caliente a través de un molinillo, escucha las canciones y los pasos de claqué provenientes de la habitación contigua. Se acerca a la puerta para ver a Gene Kelly realizando su famoso número de *Cantando bajo la lluvia*. Su traje está empapado, y salta en los charcos con ambos pies, como un crío. Un policía frunce el ceño ante su extraño comportamiento. La abuela se ríe. Cuando la salsa hierve, Sandra la vierte sobre unos cuencos para que se enfríe. Observa los cuencos de sangre alineados sobre la mesa. Sandra mira a Esther Williams saltando a través de un aro de fuego y zambulléndose en el centro de una estrella formada por mujeres que flotan de espaldas en el agua con las piernas abiertas.

Durante los anuncios, Sandra le pregunta a su madre si quiere acompañarla afuera, para ayudarla con los patos. El perro se precipita por la puerta con ellas, feliz de esta excursión inesperada. Una vez en el jardín, mamá enciende un cigarrillo.

—¡Al fin! —dice mamá con un suspiro—. Qué bien sienta.

Dos gatos, Blackie y Bubbles, se reúnen con ellas. Sandra se pregunta si Bubbles se acuerda del topo que cazó ayer. El topo tenía un hocico en forma de estrella, que Bubbles se comió en primer lugar, como si fuese lo más exquisito.

Los patos no están en el corral, y Sandra y su madre caminan por un sendero estrecho que conduce a través de la hierba hasta la charca. La charca está tranquila cuando se aproximan. Adivinan unas manchas blancas sobre las aguas oscuras. Los patos las oyen y comienzan a sumergirse, huyendo asustados a la orilla opuesta.

—No hay manera de sacar a los patos de la charca —dice mamá.

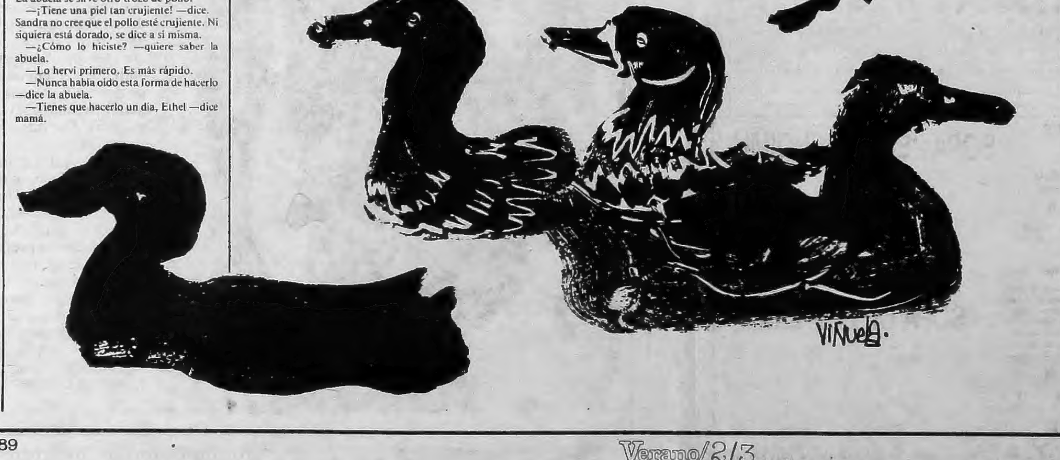
—A veces se empeñan en pasar ahí toda la noche —dice Sandra.

Permanecen al borde de la charca mientras mamá fuma. Los sonidos de la noche están ahora en su apogeo y las luciérnagas brillan con intervalos frenéticos. A veces Sandra ha oído a los zorros por la noche, con sus amenazadores aullidos resonando en la ladera de la colina. Una vez vio a tres crías de zorro jugando bajo la luna llena, como bailarines bajo un foco. Y la semana pasada oyó el grito de un niño asustado. Era el sonido de un gato salvaje, un grito estremecedor que ahora espera escuchar cada noche. Se le ocurre que no le importaría que el gato salvaje se llevara sus patos. Son su ofrenda.

Mamá tira su cigarrillo a la charca, y un pato salpica agua. La noche está tranquila, y Sandra piensa en los miles de arañas doradas escondidas en los campos. Al amanecer, el rocío brilla en sus trampolines, y Sandra puede imaginárselas saltando de un hilo a otro de sus telarañas, con brincos asombrosos, subiendo por la colina, hasta los bosques.

* *Ambrosia artemisifolia*, planta norteamericana del orden de las compuestas. (N. del T.)

* * Estelle Astaire significaría, literalmente, Estrella Estelar; Sandy Beach, Arenosa Playa. (N. del T.)



S.O.L

EN LA COSTA

• **Mamá**, pieza teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, y protagonizado por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. De martes a domingo, a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata, sito en Santa Fe 1751.

• El grupo musical **Midachi** ofrece su espectáculo musical humorístico en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata. De martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Víctor Heredia** y **León Gieco** presentan respectivamente los temas de sus últimos discos, *Memorias* y *Semillas del corazón*, en Necochea, hoy a las 22.30. Mañana, a la misma hora, lo harán en el Teatro Atlas de Villa Gesell, Paseo Colón 108, entre avenidas 3 y 4.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo show humorístico **Perciavalle indestructible**. De martes a sábado, a las 21.15 y 23.15, en la sala del Teatro Lido de Mar del Plata, ubicado en Santa Fe 1751.

• **Los mirasoles**, pieza teatral de Julio Sánchez Gardel, se presenta hoy en el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en la Rambla Casino, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Enrique Fava y con las actuaciones de Alberto Busaid, Rita Terranova, Erika Wallner y Tincho Zabala, entre otros. A las 21.30.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la obra teatral **El resucitado.** En la sala 1 del Teatro Re-Fa-Si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días las funciones comienzan a las 22.

• **¿Quién engañó a Roger Rabbit?** (Estados Unidos, 1988), película dirigida por Robert Zemenick con la actuación protagónica de Bob Hoskins y Christopher Lloyd. En el cine Gran Mar de Mar del Plata, 20.50 y 23.

• **La banda elástica**, integrada por los músicos Ernesto Acher, Juan Amaral, Carlos Constantini, Ricardo Lew, Jorge Navarro, Hugo Pierre, Enrique Roizner y Enrique Varela, se presentan de miércoles a domingo en el Teatro de las Estrellas de Mar del Plata, sito en Colón y la costa. A las 22.

• **Yepeto**, obra teatral escrita por Roberto Cossa, dirigida por Omar Grasso e interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Flores. En el Teatro Colón de Mar del Plata, ubicado en Hipólito Yrigoyen 1665. De martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Teléfono medido**, la pieza teatral escrita por Beto Giannola e interpretada por Carlos Carella, se presenta de martes a domingo, a las 21.30 y 23. En la sala 2 del Teatro Re-Fa-Si de Mar del Plata, Luro 2332.

• **Los trovadores** y **Markama** presentarán sus espectáculos de proyección folklórica en Mar del Plata. Hoy y mañana, a las 23.30, en el Teatro Auditorium, sito en la Rambla Casino, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires.

• Horacio Fontova y sus sobrinos presentarán su espectáculo **Fontova Presidente**. El lunes a las 22.30, en el Patinódromo de Mar del Plata.

• Las **Orquestas Sinfónicas de Mar del Plata** y **del Sur de Bahía Blanca** se presentarán el domingo, a las 23.30, y el lunes, a las 21, respectivamente. En el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en la Rambla Casino.

 Viernes 24 de febrero de 1989

NDAS



Después de cenar, mientras la abuela está en el lavabo, mamá se ofrece a fregar los platos, pero Sandra se opone.

—¿Has sabido algo de Jerry? —pregunta mamá.

Sandra se encoge de hombros.

—No. Haría bien en no volver por aquí. Ya he dejado de esperarle. —Y, con un susurro vehemente, añade—: No sé cuánto tiempo podré mantener esa mentira del turno de noche.

—Es que la abuela ha pasado ya por tantas cosas —dice mamá—. Además, te quiere más que a nada del mundo, Sandra.

—Ya lo sé.

—Está convencida de que a Jerry se le pasará esta locura cualquier día.

—Te diré una cosa, si se atreve tan sólo a entrar por esa puerta...

—Me encantan esos pensamientos que has plantado —dice mamá—. Son los más bonitos que he visto nunca. Daría cualquier cosa para que a mí me creciesen tanto.

—Salen solos. Yo no hago nada.

—¿No?

—Tampoco los aclaro. Odio aclararlos.

—Entiendo —dice mamá—. Siempre me rompió el corazón el aclarar el maíz. Pero se aprende.

En la televisión ponen una película, *¡Esto es Hollywood!* Sandra permanece de pie, en el quicio de la puerta, y observa a Fred Astaire bailando con Eleanor Powell, que se mueve tan suelta como una muñeca de trapo. Lleva un vestido de niña pequeña con los hombros cuadrados.

—Fred Astaire es la cosa más flexible que he visto en mi vida —dice mamá.

—Recuerdo a su hermana Adele —dice la abuela—. Ella sí que sabía bailar.

—Su nombre era Estelle —dice mamá.

—¿Estelle Astaire? —dice Sandra. Por algún motivo, recuerda a una chica del colegio que se llamaba Sandy Beach.* *

Sandra prepara conserva de tomate, y ellas se ofrecen para ayudar, pero ella les dice que se pongan cómodas y miren la película. Mientras escalda los tomates y prensa la pulpa caliente a través de un molinillo, escucha las canciones y los pasos de claqué provenientes de la habitación contigua. Se acerca a la puerta para ver a Gene Kelly realizando su famoso número de *Cantando bajo la lluvia*. Su traje está empapado, y salta en los charcos con ambos pies, como un crío. Un policía frunce el ceño ante su extraño comportamiento. La abuela se ríe. Cuando la salsa hierve, Sandra la vierte sobre unos cuencos para que se enfríe. Observa los cuencos de sangre alineados sobre la mesa. Sandra mira a Esther Williams saltando a través de un aro de fuego y zambulléndose en el centro de una estrella formada por mujeres que flotan de espaldas en el agua con las piernas abiertas.

Durante los anuncios, Sandra le pregunta a su madre si quiere acompañarla afuera, para ayudarla con los patos. El perro se precipita por la puerta con ellas, feliz de esta excursión inesperada. Una vez en el jardín, mamá enciende un cigarrillo.

—¡Al fin! —dice mamá con un suspiro—. Qué bien sienta.

Dos gatos, Blackie y Bubbles, se reúnen con ellas. Sandra se pregunta si Bubbles se acuerda del topo que cazó ayer. El topo tenía un hocico en forma de estrella, que Bubbles se comió en primer lugar, como si fuese lo más exquisito.

Los patos no están en el corral, y Sandra y su madre caminan por un sendero estrecho que conduce a través de la hierba hasta la charca. La charca está tranquila cuando se aproximan. Adivinan unas manchas blancas sobre las aguas oscuras. Los patos las oyen y comienzan a sumergirse, huyendo asustados a la orilla opuesta.

—No hay manera de sacar a los patos de la charca —dice mamá.

—A veces se empeñan en pasar ahí toda la noche —dice Sandra.

Permanecen al borde de la charca mientras mamá fuma. Los sonidos de la noche están ahora en su apogeo y las luciérnagas brillan con intervalos frenéticos. A veces Sandra ha oído a los zorros por la noche, con sus amenazadores aullidos resonando en la ladera de la colina. Una vez vio a tres crías de zorro jugando bajo la luna llena, como bailarines bajo un foco. Y la semana pasada oyó el grito de un niño asustado. Era el sonido de un gato salvaje, un grito estremecedor que ahora espera escuchar cada noche. Se le ocurre que no le importaría que el gato salvaje se llevara sus patos. Son su ofrenda.

Mamá tira su cigarrillo a la charca, y un pato salpica agua. La noche está tranquila, y Sandra piensa en los miles de arañas doradas escondidas en los campos. Al amanecer, el rocío brilla en sus trampolines, y Sandra puede imaginárselas saltando de un hilo a otro de sus telarañas, con brincos asombrosos, subiendo por la colina, hasta los bosques.

* *Ambrosia artemisifolia*, planta norteamericana del orden de las compuestas. (N. del T.)

* * Estelle Astaire significaria, literalmente, Estrella Estelar; Sandy Beach, Arenosa Playa. (N. del T.)

S.O.L

S S E I D O

EN LA COSTA

• **Mamá**, pieza teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, y protagonizado por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. De martes a domingo, a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Neptuno de Mar del Plata, sito en Santa Fe 1751.

• El grupo musical **Midachi** ofrece su espectáculo musical humorístico en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata. De martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Víctor Heredia** y **León Gieco** presentan respectivamente los temas de sus últimos discos, *Memorias* y *Semillas del corazón*, en Necochea, hay a las 22.30. Mañana, a la misma hora, lo harán en el Teatro Atlas de Villa Gesell, Paseo Colón 108, entre avenidas 3 y 4.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo show humorístico **Perciavalle indestructible**. De martes a sábado, a las 21.15 y 23.15, en la sala del Teatro Lido de Mar del Plata, ubicado en Santa Fe 1751.

• **Los mirasoles**, pieza teatral de Julio Sánchez Gardel, se presenta hoy en el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en la Rambla Casino, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires. Dirigida por Enrique Fava y con las actuaciones de Alberto Busaid, Rita Terranova, Erika Wallner y Tincho Zabala, entre otros. A las 21.30.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la obra teatral **El resucitado.** En la sala 1 del Teatro Re-Fa-Si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días las funciones comienzan a las 22.

• **¿Quién engañó a Roger Rabbit?** (Estados Unidos, 1988), película dirigida por Robert Zemenick con la actuación protagónica de Bob Hoskins y Christopher Lloyd. En el cine Gran Mar de Mar del Plata, 20.50 y 23.

• **La banda elástica**, integrada por los músicos Ernesto Acher, Juan Amaral, Carlos Constantini, Ricardo Lew, Jorge Navarro, Hugo Pierre, Enrique Roizner y Enrique Varela, se presentan de miércoles a domingo en el Teatro de las Estrellas de Mar del Plata, sito en Colón y la costa. A las 22.

• **Yepeto**, obra teatral escrita por Roberto Cossa, dirigida por Omar Grasso e interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Flores. En el Teatro Colón de Mar del Plata, ubicado en Hipólito Yrigoyen 1665. De martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Teléfono medido**, la pieza teatral escrita por Beto Giannola e interpretada por Carlos Carella, se presenta de martes a domingo, a las 21.30 y 23. En la sala 2 del Teatro Re-Fa-Si de Mar del Plata, Luro 2332.

• **Los trovadores** y **Markama** presentarán sus espectáculos de proyección folklórica en Mar del Plata. Hoy y mañana, a las 23.30, en el Teatro Auditorium, sito en la Rambla Casino, con el auspicio de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Buenos Aires.

• Horacio Fontova y sus sobrinos presentarán su espectáculo **Fontova Presidente**. El lunes a las 22.30, en el Patinódromo de Mar del Plata.

• Las **Orquestas Sinfónicas de Mar del Plata** y **del Sur de Bahía Blanca** se presentarán el domingo, a las 23.30, y el lunes, a las 21, respectivamente. En el Teatro Auditorium de Mar del Plata, ubicado en la Rambla Casino.

MOME — **Por Mell Lazarus**









Gentileza Editorial De la Flor











JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Afrodisíacos

Cinco expertos en comidas afrodisíacas, incluyen en sus especialidades plantas aromáticas. Deduzca qué prepara cada uno, qué aromático emplea y cuál es la parte del vegetal utilizada en la preparación.

1. Una de las mujeres usa las hojas de una planta para preparar el souflé; la otra, emplea cardamomo para su especialidad.
2. La semilla es de nuez moscada.
3. La especialidad de Angelo es el Café Brûlot, pero no emplea un rizoma.
4. El té es aromatizado con galana.
5. El experto Paul recomienda a sus clientes el ponche que prepara su experto tío.
6. Ni Karl ni las damas usan clavo de olor.
7. Ni la ajedrea ni el fruto son utilizados para aromatizar bebidas.
8. Mary Lou no sabe preparar mazapán.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		ESPECIALIDAD					AROMATICO					PARTE				
		Café Brûlot	Mazapán	Ponche	Soufflé	Té	Ajedrea	Cardamomo	Clavo de Olor	Galanga	Nuez Moscada	Botón Flor	Fruto	Hojas	Rizoma	Semilla
EXPERTO	Angelo															
	Karl															
	Liliana															
	Mary Lou															
	Paul															
PARTE	Botón flor															
	Fruto															
	Hojas															
	Rizoma															
	Semilla															
AROMATICO	Ajedrea															
	Cardamomo															
	Clavo de Olor															
	Galanga															
	Nuez Moscada															

EXPERTO	ESPECIALIDAD	AROMATICO	PARTE

SOPA DE FLORES

Encuentre las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ALEGRIA
ALELI
AMAPOLA
AZALEA
AZUCENA
BEGONIA
CLAVEL
DALIA
GARDENIA
GERANIO
GLADIOLO
HORTENSIA
LILA
LIRIO
MARGARITA
NARDO
PETUNIA
ROSA
TULIPAN
VIOLETA

M	A	R	G	A	R	I	T	A	Y	O	B	E	R
L	M	I	M	A	D	O	R	O	D	R	G	A	N
A	A	L	E	G	R	I	A	N	S	E	R	R	A
L	P	E	Y	O	S	S	L	I	R	I	O	O	M
H	O	R	T	E	N	S	I	A	T	N	S	V	I
A	L	E	L	I	A	M	N	I	U	O	A	I	Ñ
G	A	R	D	E	N	I	A	N	L	P	O	O	D
L	S	G	U	A	O	O	M	O	I	R	A	L	Q
A	Z	U	C	E	N	A	E	G	P	T	Z	E	O
D	A	I	L	A	D	L	S	E	A	O	A	T	D
I	O	N	A	R	D	O	S	B	N	O	L	A	S
O	Y	S	V	O	S	A	I	N	U	T	E	P	O
L	O	G	E	Y	B	E	R	N	A	R	A	D	O
O	B	O	L	I	L	A	D	R	A	N	R	E	B

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO
Solución jueves

Alfie, arquitecto, coche, 10.
Bianchi, médico, a pie, 6.
Cáceres, abogado, motocicleta, 8.
Dorrego, dentista, bicicleta, 9.
Estévez, veterinario, tren, 7.

Solución viernes hoy

Angelo, Café Brûlot, clavo de olor, botón de la flor.
Karl, ponche, nuez moscada, semilla.
Liliana, mazapán, cardamomo, fruto.
Mary Lou, Soufflé, ajedrea, hojas.
Paul, té, galanga, rizoma.



SOPA "EN LA VENDIMIA"

SOPA DE FLORES